



John
WATERS
MENTIROSA
una novela de amor deplorable



CAJA
NEGRA

MENTIROSA

una novela de amor deplorable

Waters, John

Mentirosa. Una novela de amor deplorable

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2023

240 p.; 20 x 14 cm. - (Synesthesia)

Traducción de Pablo Marín

ISBN 978-987-8272-06-1

1. Novelas. 2. Literatura Estadounidense. 3. Humor. I. Marín, Pablo, trad.

II. Título.

CDD 817

Título original: *Liarmouth: A Feel-Bad Romance*

Publicado originalmente por Farrar, Straus & Giroux

Derechos de traducción contratados con MB Agencia Literaria SL

y The Clegg Agency Inc., USA

Todos los derechos reservados

© John Waters, 2022

© Caja Negra Editora, 2023

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel A. Fanego

Producción: Malena Rey

Coordinación y revisión de traducción: Sofía Stel

Diseño de tapa: Juan Marcos Ventura

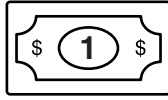
Maquetación: Sabrina Simia



John
WATERS
MENTIROSA
una novela de amor deplorable

Traducción / Pablo Marín

CAJA
NEGRA 02
SYNTHESIS



No hay día que pase sin que Marsha Sprinkle se alegre de ser una trabajadora independiente. Ella es su propia jefa y así debería continuar por siempre. No se imagina con un típico horario de oficina, marcando sus entradas y salidas, ni pagando impuestos. Le resulta imposible verse congeniando con compañeros de trabajo a menos que pudiese dominar cada uno de sus movimientos. Marsha es mejor que los demás y lo sabe. Mejor y más inteligente. Es portadora de un tipo de inteligencia diferente a la basura que intentaron inculcarle en la escuela; sabe cosas importantes como poner en su lugar a la gente que piensa que puede dirigirse a ella antes de que ella lo haga primero. Esa gente que hace contacto visual sin pedir permiso, como si fuera un derecho divino invadir su privacidad. En el fondo Marsha siente que las demás personas son... bueno, demasiado mundanas. Comunes. Ninguna tiene derecho a conocerla.

Es consciente de que todavía luce bien. Sus cuarenta años no han disminuido su magnetismo sexual. Algo que la tiene sin cuidado excepto cuando surge la oportunidad de utilizar su atractivo para castigar.

Para atrapar. Para esclavizar hombres ilusos que creen que algún día la penetrarán. Que empujarán sus miembros repugnantes dentro de alguno de los orificios por encima o debajo de la cintura de Marsha. En especial su boca, la cavidad oral que se niega a emplear para decir la verdad a menos que sea de manera susurrada y para ella misma. Marsha se opone siquiera a pensar en el sexo, todos esos gemidos y empujones y montadas con otro ser humano. El sudor, la saliva, ¿para qué? Eso es lo que ella quiere saber, ¿para qué?!

Ah, ella sabe exactamente cómo comportarse: confiar en sus tetas naturales y mover su culo todavía redondo de manera despreocupada mientras ignora las miradas lascivas de los hombres, solo para frustrar y torturar a esos bastardos sin cerebro que por un segundo piensan en la posibilidad de invadir sus entrañas. Hombres imbéciles como Daryl Hotchkins, su cómplice, su falso chofer, su esclavo sexual que aceptó trabajar bajo su mando a cambio de tener sexo con ella un día al año. Sí. Solo un día. Cada 365 días y ni uno menos, algo que Marsha se encargó de hacerle entender. Dividan toda esa lujuria en horas y seguro obtendrán un salario mínimo; y así y todo Marsha siente que le paga demasiado. Ha sido un largo recorrido hacia la vagina de Marsha Sprinkle, pero hoy, martes 19 de noviembre de 2019, es *ese* día luego de la espera de todo un año. Daryl no lo sabe aún, pero habrá un desvío en el camino a recolectar su paga. Una calle sin salida. Marsha Sprinkle no es el calendario tachado de ningún hombre.

Pero primero lo primero. Este es un día laboral y ella necesita concentración. Siempre se ha sentido a salvo en cada una de esas McMansiones producidas en masa que han ocupado ilegalmente. No le gusta la palabra “okupa”, tan de indigente, de crisis habitacional. Daryl sabe cómo engañar a los vecinos mostrándoles títulos falsos de propiedad y armando conexiones eléctricas clandestinas para que estos pueblerinos paguen no solo su propia cuenta de electricidad, sino también la suya y de Marsha. En realidad, no están okupando, se han hecho cargo de una casa que nadie más podría controlar.

A Marsha le agrada lo impersonal del diseño de interiores de estos “castillos para principiantes”, tal como le oyó decir a una agente inmobiliaria una vez. Necesita habitaciones desocupadas alrededor de aquellas que se digna a habitar, espacios vacíos que jamás atravesará pero que exige que estén allí, como existencias tristes que no se beneficiarán con su presencia. Y por supuesto, el resto de las otras innumerables habitaciones en suite son los vertederos ideales para la treintena de valijas revueltas que ella y Daryl roban de las cintas de equipaje del Aeropuerto Internacional de Baltimore/Washington.

Los techos ridículamente en cúpula proveen a Marsha del respeto espacial necesario para sentirse unida a la arrogancia vacía de la casa. Rica pero desposeída, elegante pero no para aquellas personas nacidas en cuna de oro: un estilo que nadie podría llamar propio. Los muebles caros y enormes allí abandonados no lograron incentivar a posibles compradores de este elefante blanco inmobiliario, y eso no le molesta en absoluto. No eran competencia para Marsha. Jamás permitirá que los sillones de terciopelo, las mesas espejadas neoclásicas o los ridículos candelabros mediterráneos olviden quién manda en la casa. Marsha es idéntica a esas mansiones: demasiado grande para la tierra debajo suyo, y con una actitud provocadora respecto de la naturaleza y el entorno capaz de desafiar a cualquier persona a entrar... dentro suyo.

Marsha detesta lo viejo. Las antigüedades, lo vintage, los objetos de colección. Para ella todo eso está sucio. Usado. Manchado con los fluidos de otra gente; lágrimas infantiles, esperma ocasional, mocos fuera de lugar, comida que nadie pidió. Aquí, en cambio, nada huele. Los olores son una invasión no solicitada de su superioridad, una interrupción de su vida de concentración. Jamás usó un desodorante en su vida. ¿Por qué lo haría? Sus axilas huelen a nada. A nada de nada.

Las paredes están desnudas. Recién pintadas; a juzgar por la ausencia de marcas alrededor de los cuadros que quitó tan pronto entró a la casa. ¿Qué clase de artista patético se atrevería a arruinar su existencia perfecta con cualquier tipo de distracción? La brisa circulante del aire

acondicionado sigue programada a quince grados a pesar de la mañana fresca de otoño. Marsha vive acalorada, aunque no hay un gramo de más en su cuerpo esbelto. Nunca tiene hambre. Eso demostraría debilidad. Sabe que necesita combustible, o ¿por qué piensan que inventaron las galletas saladas? Eso es lo único que come. Nada de las marcas baratas, como Ritz. Solo las buenas. Las que venden en Eddie's, en la calle Charles, o en Graul's, en Ruxton. Importadas. Se descomponen rápida y silenciosamente en su cuerpo. Entran y salen, en forma de pequeñas bolitas que no dejan marcas ni suciedad. Tiene el hábito de tirar varias veces la cadena del inodoro a lo largo del día para que el agua sea lo suficientemente cristalina para recibir sus eliminaciones regulares, pero tan escasas, con la bienvenida higiénica adecuada.

10

A Daryl siempre le asigna el dormitorio más alejado del suyo. Allí él puede tomar una ducha helada tras otra mientras espera, día a día, consumir la lujuria que Marsha sabe que él siente por ella. Está de buen humor esta mañana, idealizando su supuesto día de pago. Él no necesita mucho, solo robar y tener acceso a la “cueva loca” de Marsha, tal como bautizó vulgarmente a sus partes privadas. Y bueno, ¿qué esperan?, es un hombre del área de Erie Canal en Nueva York. Es cierto que Marsha también proviene de un barrio trabajador de Baltimore (llamado Dutch Village), aunque esas “casas bonitas” que alardeaban puertas corredizas de vidrio y una piscina no son en sus ojos más que McPocilgas que dejó atrás para siempre. Tal vez sea una criminal, pero es una con clase; toda una mente maestra, si se lo están preguntando. Daryl es un simple ladrón y de no ser por las “acciones” planeadas por Marsha estaría en la calle, donde terminará hoy de todas formas. De licencia hasta nuevo aviso. Despedido. Como quieran llamarlo.

Daryl no es un tipo feo. Marsha comprende que a algunos mortales más débiles les podría parecer atractiva su contextura de pueblerino treintañero y su largo cabello castaño que a menudo esconde debajo de una gorra de chofer. Si bien escuchó a una que otra mujer comentar “qué lindo culito tiene”, lo que sea que eso signifique, su actitud engréida basta para producirle arcadas. Lo ha visto abotonarse la camisa

sobre su pecho de nadador, al mismo tiempo escuálido y musculoso, y es cierto que tiene un abdomen chato con un sendero de vellos castaños que sube hasta unos pezones siempre erectos. Sin embargo, lo único que ella ve allí es una pista de aterrizaje para los pequeños y repugnantes espermatozoides que disfrutarían trepar dentro suyo y embarazarla. Pero eso no volverá a suceder. No, ya dio a luz una vez y desde entonces ha estado pagando las consecuencias. Es probable que Daryl piense que invadirá su cuerpo con una erección cargada de futuros niños con cólicos y retrasos mentales, pero todo eso acabará pronto. Y no de la manera sexual que él cree.

Allí está él ahora, bajando lentamente la enorme escalera circular alfombrada de blanco, prístina. Marsha ignora el bulto en sus pantalones mientras se coloca una peluca rubia atrevida pero elegante sobre su cabellera de color... bueno, ¿quién sabe cuál será su color verdadero? ¿Acaso importa? Para nada. Mucho menos al calzarse por primera vez esta peluca hallada en una valija personalizada con iniciales proveniente de la cinta de equipaje número 4 de United Airlines. El equipaje ajeno siempre esconde tesoros. Prendas de maternidad, corpiños con relleno, extensiones de cabello: todo sirve. También incluye artículos personales y documentos de identidad que le permiten a Marsha escapar de la terrible realidad de la vida cotidiana. Como el desagradable miembro de Daryl que apunta su cabeza hacia ella. Tiempo atrás, violó la tercera pared de la decencia al contarle que estaba circuncidado. ¿Cómo si le importase! Ese mismo pene se exhibía ahora sin vergüenza a través de los pantalones demasiado apretados de poliéster del uniforme de chofer que robaron del asiento trasero de lo que posiblemente fuera la última limusina en circulación, estacionada fuera del restaurante Prime Rib años atrás. Daryl disfruta de presumir que los pantalones “todavía le entran”, como si se tratara de una noticia digna de publicar en un boletín erótico. Ella pretende no haber reparado en su expectante mirada lasciva mientras se quita su refinado pijama de seda blanca que encontró en una valija de Alaska Airlines, y se pone un traje azul de Gucci que deja entrever que es una mujer de negocios. La

procedencia del traje es de British Airways, clase ejecutiva, vuelo 206 de Heathrow a Washington DC durante la Navidad pasada.

—¿Lista? —pregunta con impaciencia Daryl desde la puerta de entrada.

Es temprano. Las 6 de la mañana, así de temprano. Como por lo general él es un vago de mierda, ella se da cuenta de que está apurado por terminar el trabajo cuanto antes para poder aprovechar la tarde. Aprovecharse *de ella* en la tarde. Oh, por supuesto que está lista. Ya verán. Lista para planes que él no imagina. Mientras Daryl abre la puerta del ridículamente enorme garaje con capacidad para cinco coches, Marsha se pone un saquito de lana blanco que hurtó de un carro de equipaje del Aeropuerto de Dulles. Van hacia el norte y puede que refresque.

Marsha siempre planea con anticipación. Hoy es el último día que podrán utilizar el lujoso coche negro que alquilaron con una tarjeta de crédito que jamás pagarán. Tiene que reconocer que Daryl es hábil construyendo una identidad falsa mediante el robo de correspondencia y la utilización de esos sobres prepagos que algunas compañías envían sin previo aviso. Así consigue solicitar tarjetas de crédito y usarlas hasta el máximo durante el primer mes, antes de que Mastercard o Visa se den cuenta y las cancelen. En el garaje no hay otra cosa que su limusina. Nada de herramientas de jardín o cortadoras de césped. Marsha no corta su césped, se muda de casa. Desaparece sin dejar rastro.

Daryl también puede ser un buen actor, y se toma en serio su rol de chofer. Nunca se sabe quién puede estar observando. Agentes inmobiliarios, vecinos. Saca el coche del garaje y lo detiene frente a la puerta de su “cliente”. Marsha sale de la casa con un andar de realeza. Hace buen clima. No es que eso le interese. Solo se percata del clima cuando por su culpa se cancelan vuelos. En el preciso momento en que Daryl sale del coche para abrirla la puerta trasera, Marsha abre su boca mentirosa para pronunciar la primera mentira del día, pero algo se lo impide. Un tábano vuela accidentalmente dentro de su cavidad oral antes de que pueda pronunciar palabra. Cuando revolotea por el aire,

la criatura puede parecer minúscula, pero dentro de su boca se siente como Rodan, ese reptil volador gigante de una película que vio en la tele una vez. Su mandíbula no parece poder competir con este insecto atemorizante que, enceguecido y en pánico, comienza a morderle la lengua con su pequeña boca chupasangre. Pero Marsha está preparada para cualquier sorpresa que la naturaleza le presente. Si bien al principio consideró buena idea escupir al monstruo invasor, luego sus reflejos toman las riendas y su lengua arranca al bicho de su paladar con un movimiento similar al del cuello de una tortuga para luego liquidar al intruso con una sola mordida de sus dientes libres de caries. Y sí, ella es de las que tragan.

—¡De prisa! —le grita a un Daryl confundido que no entiende del todo lo que acaba de ver.

Sabe cómo detesta sus “preguntas entrometidas”, entonces solo se limita a abrirle la puerta trasera del coche que a continuación cierra sin dar esos portazos que tanto la irritan. Una vez en marcha atraviesan el barrio de McMansiones, ridículamente llamado “Hoyo Feliz”. No hay dudas de que es un hoyo, pero no hay nada “feliz” al respecto. Solo una de las ocho descomunales casas no está vacía o con un cartel de embargo. Solitarios e impenetrados, pueden verse varios de esos aros de básquet portátiles y caros en las entradas de garajes, abandonados por los jóvenes atléticos que solían habitar esas casas.

Además de ellos, solo otra pareja vive en el barrio y, como era de esperarse, tienen un perro. Se llama Frederick, Marsha lo sabe porque oye a la desaliñada mujer gritar su nombre cada vez que pasan con el coche por la puerta de su casa y el idiota del perro los persigue. ¿Acaso el perro es tan imbécil como para creer que la limusina es otro perro? Aparentemente. Salta, babea, ladra, agita su pito expuesto con forma de lápiz labial, se cae y vuelve a saltar y estampa su cabeza contra la ventanilla trasera. Cada vez que la ve a Marsha actúa como si hubiera visto al Diablo. Y no está equivocado. Marsha no se inmuta. Piensa: “¡Frederick! Qué nombre más estúpido”.